



LEER LA LECTURA¹

por Roger Chartier²

En su pequeño libro *A importância do ato de ler* Paolo Freire distinguía dos sentidos de la palabra “leer” (Paolo Freire, 1982). Un sentido literal: leer es leer letras, palabras, libros. Esta lectura supone la alfabetización, el aprendizaje escolar, el dominio de la palabra escrita. Pero “leer” tiene también un sentido metafórico. Leer es, antes y después de la lectura de libros, “leer” el mundo, la naturaleza, la memoria, los gestos, los sentimientos —todo lo que Paolo Freire designa con un neologismo: *palavramundo*. Leer la lectura, como lo indica el título de mi conferencia, es tal vez entender las relaciones entre estos dos sentidos del verbo “leer”, considerando, por un lado, la especificidad de la lectura de libros —que debe evitar el peligro de un uso descontrolado y excesivo de la palabra, como si toda “lectura” estuviera gobernada por las reglas que caracterizan el desciframiento de los textos— y por otro lado, los procesos que organizan según lógicas muy diferentes la comprensión inmediata del mundo, de las experiencias de la existencia, y su encuentro con lo escrito.

En 1968, en un ensayo que llegó a ser célebre, Roland Barthes asociaba la omnipotencia del lector con la muerte del autor (Roland Barthes, 1968). Destronado de su antigua soberanía sobre el lenguaje o por “las escrituras múltiples, surgidas de diversas culturas

¹ Conferencia magistral presentada en el Seminario Internacional “¿Qué leer? ¿Cómo leer? Perspectivas sobre la lectura en la infancia”, organizado por el Plan Nacional de Fomento de la Lectura, Lee Chile Lee, del Ministerio de Educación y la Universidad Diego Portales durante los días 6 y 7 de diciembre de 2012.

² Historiador francés, especializado en Historia del libro y en las ediciones literarias. Nacido en Lyon en 1945, su formación intelectual fue en el ámbito de la llamada escuela de los Annales, de los años sesenta. Su primer trabajo estaba dedicado a la Academia de Lyon en el siglo XVIII: a la masonería, a las sociedades literarias y a las bibliotecas. Entre 1964 y 1969 estudió en la École Normale Supérieure de Saint-Cloud y paralelamente se licenció en la Universidad de la Sorbonne. Entre 1969 y 1976 fue asistente de Historia Moderna en la Universidad de la Sorbonne. En 1984 obtuvo la designación de Director de Estudios en el Centro de Investigaciones Históricas de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales de París, cargo que ejerce en la actualidad. En el año 2006 fue nombrado profesor del Collège de France, en la cátedra «Écrit et cultures dans l'Europe moderne». Ha sido distinguido con la Annual Award de la American Printing History Association, 1990; el gran premio de historia (prix Gobert) de la Académie française en 1992; es Doctor honoris causa de la Universidad Carlos III (Madrid); y Fellow de la British Academy. Es miembro del Centro de Estudios Europeos de la Universidad de Harvard, y recibió el título Caballero de Orden de las Artes y Letras del gobierno francés. También es director del centro Alexandre Koyré y autor de numerosos libros, entre ellos (en versión española): *El mundo como representación*, *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna* y *El orden de los libros*.



y que establecen entre sí una relación de diálogo, de parodia y de oposición”, el autor debe ceder su preeminencia al lector, entendido como “aquel que reúne en un mismo campo todas las huellas que constituyen lo escrito”. El lugar de la lectura estaba pues considerado como aquel en el que se reordena el sentido plural, móvil e inestable del texto, como el lugar donde lo escrito adquiere su significación.

Sin embargo, poco tiempo después de reconocido el nacimiento del lector se multiplicaron los diagnósticos que anunciaron su muerte. Esos diagnósticos se presentan de tres formas:

PRÁCTICAS DE LECTURA

La primera muerte remite a las transformaciones de las prácticas de lectura. En Francia, al comparar encuestas estadísticas referentes a prácticas culturales, si bien no se observa un retroceso del porcentaje global de los lectores —ya que tanto en 2008 como en 1973 un 70% de los encuestados dicen haber leído por lo menos un libro en el año anterior—, al menos se nota la disminución de la proporción de los “*forts lecteurs*”, es decir, los lectores que leen más de veinte libros por año. Este retroceso es particularmente importante en la franja de lectores comprendida entre los 19 y 25 años y en la población masculina, lo que produce como consecuencia una “feminización” de la lectura (Olivier Donnat, 2012).

Por otra parte las encuestas sociológicas dedicadas a la franja de los jóvenes comprendidos entre los 13 y 17 años registran una disminución de la lectura y, sobre todo, poca importancia del libro en la presentación que estos jóvenes hacen de sí mismos (Christian Baudelot y *alii*, 1999). Una investigación reciente basada en entrevistas y cuestionarios para 4.000 jóvenes franceses de 11, 13, 15 y 17 años refuerza este diagnóstico. En 2008, 33% de los niños de 11 años decía leer libros cada día y solamente 15% declaró no leer casi nunca. Con los adolescentes de 17 años los porcentajes son bastante distintos: solo 9% decía que leía un libro cada día y 47% que nunca o casi nunca leía un libro. La conclusión es contundente: la adolescencia es el



momento decisivo en relación con la distancia tomada respecto de los soportes tradicionales de la cultura escrita y la lectura (Pierre Mercklé y *alii*, 2010). Desde los años 80 del siglo XX cada generación va entrando a la edad adulta con un nivel de lectura inferior al nivel de la generación anterior.

Debemos, sin embargo, matizar estas observaciones. Por un lado, leer no es solamente leer libros y leer no es solamente leer objetos impresos. Los “nativos digitales” son lectores de revistas u otros textos electrónicos y no solamente usuarios de juegos electrónicos o escritores de *mails* o SMS (Christophe Evans, dir., 2011). Por otro lado, leer no es solamente leer un texto desde la primera hasta la última línea. La historia de la lectura nos ha enseñado la diversidad de las prácticas designadas por la palabra “lectura”: leer en voz alta para los otros o para sí y leer silenciosamente, leer intensivamente o extensivamente, leer para el estudio o leer para el entretenimiento, o como dice Umberto Eco leer *libri da legere* y leer *libri da consulta*. Debemos tener en cuenta estas variadas modalidades del leer —que se fueron volviendo contemporáneas con el correr de los siglos— antes de establecer un diagnóstico demasiado general sobre la pérdida de la lectura que no puede deducirse inmediatamente del retroceso de la lectura de *libros*.

LA CRISIS DE LA EDICIÓN

Las conclusiones que se pueden obtener de las políticas editoriales han reforzado la certeza de que hay una crisis de la lectura. Esta crisis, que no perdona a los géneros de ficción, se hace sentir con más dureza en la edición de libros de ciencias humanas y sociales. En ambos lados del Atlántico, los efectos de esta crisis son comparables, aun cuando las causas principales no sean exactamente las mismas. En los Estados Unidos, el dato esencial es la reducción drástica de la adquisición de monografías por parte de las bibliotecas universitarias, cuyos presupuestos están siendo devorados por las suscripciones a publicaciones periódicas en ciencias exactas que, en algunos casos, alcanzan cifras considerables, hasta 10.000 y 15.000 dólares por año. A ello se debe la



reticencia de las *academic presses* a publicar libros considerados muy especializados: tesis de doctorado, estudios monográficos, libros de erudición (Robert Darnton, 1999 y 2009)).

En Francia una prudencia semejante, que limita las tiradas, obedece sobre todo a la reducción de las compras de los *forts lecteurs* —que no eran solamente profesores. Para el sector de las ciencias humanas y sociales, los datos estadísticos compilados en Francia por el *Syndicat National de l'Édition* muestran, a partir de la década de 1990, una disminución del número global de libros vendidos acompañada por un aumento del número de títulos publicados destinado a ampliar la oferta y mitigar con algunos posibles sucesos las dificultades económicas de las empresas. Las consecuencias sobre las políticas editoriales son la contracción de las tiradas medias, una gran prudencia ante las obras consideradas muy especializadas y ante las traducciones y la preferencia por publicar manuales, diccionarios, enciclopedias o biografías.

En el caso de la disminución de la lectura por parte de los adolescentes debemos entender una doble paradoja. En primer lugar, tanto la generalización del acceso a la enseñanza secundaria, como la prolongación del tiempo de la escolarización se han traducido en un retroceso de la lectura de libros (Catherine Simon, 2012). Pienso que podría decirse lo mismo del desfase entre la masificación del acceso a los estudios universitarios y una menor importancia otorgada a la lectura y todavía menos a la compra de libros por parte de los estudiantes que prefieren fotocopias, apuntes o wikipedia (Alain Supiot, dir., 2001). La segunda paradoja, propia de la edición de libros para niños y adolescentes, consiste en el contraste entre el retroceso de las prácticas de lectura de los jóvenes y el crecimiento espectacular del volumen de negocios de este sector editorial. En Francia su balance económico global o *chiffre d'affaires* pasó de 203 millones de euros en 200 a 372 millones en 2011 (*Syndicat National de l'Édition*, 2012). Hoy en día los libros para jóvenes constituyen el cuarto sector de la actividad editorial (después de la literatura, los libros prácticos y de arte y la edición escolar) y más de un 20% de las compras de libros. Por estos mismos años, las librerías especializadas en este sector sufrieron retrocesos en sus ingresos inferiores a los de otras librerías, aunque con



pérdidas de 10% a 20%. Este último fenómeno puede explicarse por los nuevos hábitos de compras de libros: por Internet, en supermercados, en emporios multimedia. Más difícil de comprender es el desfase entre el crecimiento de la producción editorial para jóvenes y la drástica reducción de las prácticas de lectura de los mismos jóvenes. Entonces ¿debemos pensar que las respuestas a las encuestas ocultan las prácticas efectivas en un tiempo donde presentarse como lector no está valorado, particularmente en el caso de los varones? O bien ¿que los libros comprados no son leídos? ¿O que sus lectores son los adultos que los compran y no los adolescentes para quienes son escritos y publicados? Solamente nuevas investigaciones podrán sugerir respuestas a estos interrogantes.

LA CIVILIZACIÓN DE LA PANTALLA

En una tercera perspectiva, la muerte del lector y la desaparición de la lectura se conciben como la consecuencia ineludible de la civilización de la pantalla, del triunfo de las imágenes y de la comunicación electrónica. Semejante perspectiva olvida que las pantallas del presente no son solamente las de McLuhan (Marshall McLuhan, 1962). A diferencia de las pantallas del cine o de la televisión, estas proponen textos, no solamente textos —ciertamente— pero también textos. La antigua oposición entre, por un lado, el libro, lo escrito, la lectura y, por el otro lado, la pantalla y la imagen ha sido sustituida por una situación nueva caracterizada por la aparición de un nuevo soporte para la cultura escrita. De allí surge el lazo paradójico entre la tercera revolución del libro —que transforma las modalidades de inscripción y transmisión de los textos, como lo hicieron la invención del codex y luego la de la imprenta— y el tema obsesivo de la “muerte del lector”. Comprender esta contradicción supone echar una mirada al pasado y comparar los efectos de las revoluciones anteriores con las mutaciones del presente.

La revolución digital modifica todo de una vez: los soportes de la escritura, la técnica de su reproducción y diseminación, y las maneras de leer. Tal sincronía resulta inédita en la historia de la humanidad. La invención de la imprenta no modificó las estructuras



fundamentales del libro, compuesto —tanto antes como después de Gutenberg— por pliegos, hojas y páginas reunidos en un mismo objeto. En los primeros siglos de la era cristiana, esta nueva forma del libro, la del codex, se impuso a costa del rollo, pero no estuvo acompañada por una transformación de la técnica de reproducción de los textos, siempre asegurada por la copia manuscrita. Y si bien la lectura ha conocido varias revoluciones, señaladas o discutidas por los historiadores, todas ocurrieron durante la larga duración del codex, estas son las conquistas medievales de la lectura silenciosa y visual, la pasión por leer que embargó el Siglo de las Luces, o incluso, a partir del siglo XIX, la entrada en la lectura de recién llegados: los medios populares, las mujeres y los niños, tanto dentro como fuera de la escuela (Guglielmo Cavallo y Roger Chartier, dir.1997).

Al romper el antiguo lazo entre los textos y los objetos, entre los discursos y su materialidad, la revolución digital obliga a una radical revisión de los gestos y las nociones que asociamos con lo escrito. A pesar de la inercia del vocabulario que intenta domesticar la novedad denominándola con palabras familiares, los fragmentos de textos que aparecen en la pantalla no son páginas, sino composiciones singulares y efímeras. Y contrariamente a sus predecesores, rollos o códices, el libro electrónico no se diferencia de las otras producciones de la escritura por la evidencia de su forma material.

La discontinuidad existe incluso en las aparentes continuidades. La lectura frente a la pantalla es una lectura discontinua, segmentada, atada al fragmento más que a la totalidad. ¿Acaso no resulta, por este hecho, la heredera directa de las prácticas permitidas y suscitadas por el codex? Este último invita a hojear los textos, apoyándose en sus índices o bien a “saltos y brincos”, *à sauts et gambades*, como decía Montaigne. Es el codex y no el computador el que invita a comparar diferentes pasajes, como lo quería la lectura tipológica de la Biblia, o a extraer y copiar citas y sentencias, así como lo exigía la técnica humanista de los lugares comunes. Sin embargo, la similitud morfológica no debe llevar al engaño. La discontinuidad y la fragmentación de la lectura no tienen el mismo sentido cuando están acompañadas de la percepción de la totalidad textual contenida en el objeto escrito, tal como la propone el codex, y cuando la superficie



luminosa de la pantalla donde aparecen los fragmentos textuales no deja ver inmediatamente los límites y la coherencia del corpus de donde fueron extraídos.

La descontextualización de los fragmentos y la continuidad textual que no diferencia más los diversos discursos a partir de su propia materialidad parecen contradictorias con los procedimientos tradicionales del aprender leyendo. Este —gracias a la forma de su publicación— supone tanto la comprensión inmediata del tipo de conocimiento que puede esperarse de un discurso, como la percepción de las obras como obras, es decir, en su identidad, totalidad y coherencia. La revolución digital no está sin riesgos como lo muestra la inquietante capacidad del mundo electrónico al dar credibilidad a las falsificaciones o errores y al someter la jerarquía de los conocimientos a la lógica económica de las más poderosas empresas multimedia. Estos temores son plenamente justificados y deben inspirar posibles dispositivos para limitar los efectos desastrosos de la revolución digital. Sin embargo, no deben hacer olvidar otras realidades más prometedoras.

El sueño de la biblioteca universal parece hoy más próximo a hacerse realidad que nunca antes, incluso más que en la Alejandría de los Ptolomeos. La conversión digital de las colecciones existentes promete la constitución de una biblioteca sin muros, donde se podría acceder a todas las obras publicadas en algún momento, a todos los escritos que constituyen el patrimonio de la humanidad. La ambición es magnífica, y —como escribe Borges no sin ironía— “cuando se proclamó que la Biblioteca abarcaba todos los libros, la primera impresión fue de extravagante felicidad” (Jorge Luis Borges, 1941). Pero, seguramente, la segunda impresión debe ser una interrogante sobre lo que implica esta violencia ejercida sobre los textos dados a leer bajo formas que no son más aquellas donde figuraban para sus lectores del pasado. Semejante transformación no carece de precedentes se podría decir y fue en codex, y ya no en los rollos de su primera circulación, que los lectores medievales y modernos se apropiaron de las obras antiguas o, al menos, de aquellas que han podido o querido copiar. Seguramente. Pero para comprender las significaciones que los lectores han dado a los textos de los que se apoderaron es necesario proteger, conservar y comprender los objetos escritos que los



han transmitido. La “felicidad extravagante” suscitada por la biblioteca universal podría volverse una impotente amargura si se traduce en la relegación o, peor aún, la destrucción de los objetos impresos que han alimentado a lo largo del tiempo los pensamientos y sueños de aquellos y aquellas que los han leído. La amenaza no es universal, y los incunables no tienen nada que temer, pero no ocurre lo mismo con las más humildes y recientes publicaciones, sean o no periódicas.

Al mismo tiempo que modifica las posibilidades del acceso al conocimiento, la revolución digital transforma profundamente las modalidades de las argumentaciones y los criterios o recursos que pueden movilizar al lector para aceptarlas o rechazarlas. Por un lado, la textualidad electrónica permite desarrollar las argumentaciones o demostraciones según una lógica que ya no es necesariamente lineal ni deductiva, tal como lo implica la inscripción de un texto sobre una página, sino que puede ser abierta, extendida y relacional gracias a la multiplicación de los vínculos hipertextuales. Por otro lado, y como consecuencia, el lector puede comprobar la validez de cualquier análisis consultando por sí mismo los textos (pero también las imágenes, las palabras grabadas o las composiciones musicales) que son el objeto mismo del estudio si, por supuesto, son accesibles en una forma digitalizada. Semejante posibilidad transforma las técnicas clásicas de la prueba (notas al pie de página, citas, referencias) que suponían que el lector confiara en el autor sin tener la posibilidad de colocarse en la misma posición que este frente a los documentos analizados o utilizados. En este sentido, la revolución digital constituye también una mutación epistemológica que modifica los modos de construcción y acreditación de los discursos del saber. Puede así abrir nuevas perspectivas a la adquisición de los conocimientos otorgada por la lectura, cualquier sea la modalidad de inscripción y transmisión del texto del cual se apodera.

Aun sin proyectarnos en un futuro todavía incierto y desconocido y concibiendo el libro electrónico en sus formas y sus soportes actuales, queda pendiente una cuestión: la de la capacidad de ese nuevo libro de encontrar o producir a sus lectores. La larga historia de la lectura muestra con vigor que las mutaciones en el orden de las prácticas a menudo son más lentas que las revoluciones de las técnicas. No se impusieron nuevas maneras



de leer inmediatamente después de la invención de la imprenta. Del mismo modo, las categorías intelectuales que asociamos al mundo de los textos perdurarán antes que las nuevas formas del libro. Recordemos que después de la invención del codex y de la desaparición del rollo, el libro, entendido como una división de una obra tal como la parte o el capítulo, correspondió con frecuencia a la cantidad de texto que contenía un antiguo rollo (Luciano Canfora, 2002)).

Pero no debemos menospreciar la originalidad de nuestro presente que estriba en que las diferentes revoluciones de la cultura escrita, que en el pasado habían estado separadas, se presentan simultáneamente. En efecto, la revolución del texto electrónico es al mismo tiempo una revolución de la técnica de producción y reproducción de los textos, una revolución de la forma de su soporte y una revolución de las prácticas de lectura. Sustituye la contigüidad física que vincula los varios textos copiados o impresos en un mismo libro (o una revista o un periódico) por su distribución en las arquitecturas lógicas que gobiernan los bancos de datos, las colecciones digitales o las publicaciones electrónicas. Por otra parte, redefine la materialidad de las obras porque desata el lazo visible entre un texto y el objeto que transmite y da al lector —y no al autor o al editor— el dominio sobre la forma y el formato de las unidades textuales que quiere leer. De este modo, todo el sistema de percepción y de uso de los textos es el que se encuentra transformado. Por último, el lector digital lee un rollo pero un rollo que se despliega verticalmente frente a sus ojos y un rollo que está dotado de todos los dispositivos textuales que aparecieron con el codex: paginación, índices, tablas, etc. El cruce de los usos de los dos soportes de lo escrito anteriores a la pantalla define, pues, una relación con el texto por completo original.

HERENCIAS E INCERTIDUMBRES

El mundo digital, apoyado en estas mutaciones, puede dar realidad a los sueños nunca alcanzados que lo precedieron. Lo mismo que la biblioteca de Alejandría (Luciano Canfora, 1986), promete la disponibilidad universal de todos los textos que fueron



escritos, de todos los libros que fueron publicados. Lo mismo que la prácticas de los humanistas renacentistas (William H. Sherman, 2007), el mundo digital entrega la colaboración al lector, ya que puede escribir él mismo en el texto abierto y en la biblioteca sin muros de los escritos electrónicos. Lo mismo que el proyecto de la Ilustración define un espacio público en el que, como deseó Kant (Immanuel Kant, 1784), cada persona privada puede y debe hacer sin restricciones ni exclusiones un uso público, es decir por escrito, de su razón. En este sentido el mundo digital es mucho más que una nueva técnica de composición, transmisión y apropiación de los textos, discursos o libros. Por cierto, permite la digitalización de los textos ya escritos, la producción de textos nacidos como digitales o prácticas de escritura inauditas tal como las de los *blogs* y redes sociales. Pero promete también la transformación tanto de las categorías más fundamentales de la experiencia, por ejemplo las nociones de amistad, multiplicada hasta el infinito, o de identidad, ocultada o exhibida, como la invención de nuevas formas de ciudadanía —o de control y de censura (Milad Doueihi, 2008 y 2011).

Como en la época de la invención de la imprenta, pero de manera más intensa, nuestro presente digital está atravesado por tensiones entre diferentes futuros posibles: la multiplicación y yuxtaposición de comunidades separadas, cimentadas por sus usos específicos de las nuevas técnicas; la apropiación por parte de las empresas más poderosas del control sobre la constitución y la difusión de los bases de datos o la producción y la circulación de la información, o bien la constitución de un público universal definido por la participación de cada uno de sus miembros en la construcción colectiva de los conocimientos o el intercambio de las ideas, discursos y sentimientos. La comunicación a distancia, libre, gratuita e inmediata que la red permite puede dar realidad a cualquiera de estas virtualidades.

Así la gran conversión digital puede llevar a la pérdida de toda referencia común, a la separación radical de las identidades, a la exacerbación de los particularismos. Por el contrario, puede imponer la hegemonía de un modelo cultural único, de una lengua dominante, y la destrucción mutiladora de las diversidades (Roger Chartier, 2004). Pero también puede producir una nueva modalidad de constitución y comunicación del saber



fundada en el intercambio de los conocimientos, las experiencias y sabidurías. La nueva navegación enciclopédica, si permite que cada uno se embarque en sus naves, podría hacer plenamente realidad la esperanza de universalidad que siempre acompañó a los esfuerzos que trataron de abarcar la multitud de las cosas y las palabras en el orden de los discursos (Michel Foucault, 1970).

Las interrogantes del presente hallan sus razones en estas incertidumbres ¿Cómo mantener el concepto de propiedad literaria, definido desde el siglo XVIII a partir de una identidad perpetuada de las obras, reconocible más allá de cual fuera la forma de su publicación, en un mundo donde los textos son móviles, maleables, abiertos? ¿Cómo reconocer un orden del discurso que fue siempre un orden de los libros o, para decirlo mejor, un orden de lo escrito que asocia estrechamente autoridad de saber y forma de publicación, cuando las posibilidades técnicas permiten, sin controles ni plazos, la puesta en circulación universal de opiniones y conocimientos, pero también de errores y falsificaciones? ¿Cómo preservar maneras de leer que construyan la significación a partir de la coexistencia de textos en un mismo objeto (un libro, una revista, un periódico) mientras el nuevo modo de conservación y transmisión de los escritos impone a la lectura una lógica analítica y enciclopédica donde cada texto no tiene otro contexto más que el proveniente de su pertenencia a una misma temática?

Estas preguntas tienen una relevancia particular para las más jóvenes generaciones de lectores que, al menos en los medios sociales suficientemente acomodados y en los países más desarrollados, han entrado en la cultura escrita a través de la pantalla de la computadora. En su caso una práctica de lectura muy inmediata y muy espontáneamente habituada a la fragmentación de los textos, de cualquier tipo, se opone frontalmente con las categorías forjadas en el siglo XVIII para definir las obras escritas a partir de la individualización de su escritura, la originalidad singular de su texto y la propiedad intelectual de su autor (Roger Chartier, 2012). La apuesta no carece de importancia ya que puede conducir sea a la introducción en la textualidad electrónica de algunos dispositivos capaces de perpetuar los criterios clásicos de identificación de las obras como tal, en su coherencia e identidad propia, sea al abandono de esos criterios en



beneficio de una nueva manera de componer y percibir lo escrito como una continuidad textual sin propietario ni *copyright* en la cual el lector recorta y recompone fragmentos móviles y maleables.

Estas cuestiones ya han sido largamente discutidas por los innumerables discursos que intentan conjurar, por su propia abundancia, la desaparición anunciada del libro, de lo escrito y de la lectura. A la admiración ante las increíbles promesas de navegaciones entre los archipiélagos de los textos digitales se ha opuesto la nostalgia por un mundo de lo escrito que ya habríamos perdido. ¿Pero en verdad hay que elegir entre el entusiasmo y el lamento? Para situar mejor las grandezas y miserias de las transformaciones del presente, tal vez sea útil apelar a la única competencia de la que pueden jactarse los historiadores. Siempre han sido lamentables profetas, pero, a veces, al recordar que el presente está hecho de pasados sedimentados o enmarañados, han podido contribuir a un diagnóstico más lúcido en cuanto a las novedades que seducen o espantan a sus contemporáneos.

No quiero repetir lo que ya escribí sobre este tema sino subrayar lo que me parece lo más importante en las mutaciones introducidas por la revolución del texto digital. La más esencial se refiere al orden de los discursos. En la cultura impresa tal como la conocemos este orden se establece a partir de la relación entre tipos de objetos (el libro, el diario, la revista), categorías de textos y formas de lectura. Semejante vinculación se arraiga en una historia de muy larga duración de la cultura escrita y resulta de la sedimentación de tres innovaciones fundamentales: en primer lugar, entre los siglos II y IV, la difusión de un nuevo tipo de libro que es todavía el nuestro, es decir el libro compuesto de hojas y páginas reunidas dentro de una misma encuadernación que llamamos *codex* y sustituyó a los rollos de la Antigüedad griega y romana (Colin H. Roberts y T. C. Skeat, 1987); en segundo lugar, a finales de la Edad Media, en los siglos XIV y XV, la aparición del “libro unitario”, es decir la presencia dentro un mismo libro manuscrito de obras compuestas en lengua vulgar por un solo autor (Petrarca, Boccaccio, Christine de Pisan) mientras que esta relación caracterizaba antes solamente a las autoridades canónicas antiguas y cristianas y a las obras en latín (Armando Petrucci,



1995), y, finalmente, en el siglo XV, la invención de la imprenta que sigue siendo hasta ahora la técnica más utilizada para la producción de los libros. Somos herederos de esta historia tanto para la definición del libro, es decir a la vez un objeto material y una obra intelectual o estética identificada por el nombre de su autor, como para la percepción de la cultura escrita que se funda sobre distinciones inmediatamente visibles entre diferentes objetos (cartas, documentos, diarios, libros).

Es este orden de los discursos el que cambia profundamente con la textualidad electrónica. Es ahora un único aparato, el computador, el que hace parecer frente al lector las diversas clases de textos previamente distribuidas entre objetos distintos. Todos los textos, sean del género que sean, son leídos en un mismo soporte y en las mismas formas. Se crea así una continuidad que no diferencia más los diversos discursos a partir de su materialidad propia. De allí surge una primera inquietud o confusión de los lectores que deben afrontar la desaparición de los criterios inmediatos, visibles, materiales, que les permitían distinguir, clasificar y jerarquizar los discursos.

Por otro lado, es la percepción de las obras como obras la que se vuelve más difícil. La lectura frente a la pantalla es generalmente una lectura discontinua, que busca a partir de palabras claves o rúbricas temáticas el fragmento textual del cual quiere apoderarse (un artículo en un periódico, un capítulo en un libro, una información en un *website*) sin que sea percibida la identidad y la coherencia de la totalidad textual que contiene este elemento. En un cierto sentido, en el mundo digital todas las entidades textuales son como bancos de datos que procuran fragmentos cuya lectura no supone de ninguna manera la comprensión o percepción de las obras en su identidad singular.

La originalidad y la importancia de la revolución digital radica en que obliga al lector contemporáneo a abandonar todas las herencias que lo han plasmado ya que la textualidad digital no utiliza más la imprenta (por lo menos en su forma tipográfica), ignora el “libro unitario” y está ajeno a la materialidad del codex. Es al mismo tiempo una revolución de la modalidad técnica de la reproducción de lo escrito, una revolución de la percepción de las entidades textuales y una revolución de las estructuras y formas más fundamentales de los soportes de la cultura escrita. De ahí, a la vez, el desasosiego



de los lectores, que deben transformar sus hábitos y percepciones, y la dificultad para entender una mutación que lanza un profundo desafío tanto a las categorías que solemos manejar para describir la cultura escrita como a la identificación entre el libro entendido como una obra y como un objeto material cuya existencia empezó durante los primeros siglos de la era cristiana y que parece amenazado en el mundo de los textos electrónicos.

¿Será el texto electrónico un nuevo libro de arena, cuyo número de páginas era infinito, que no podía leerse y que era tan monstruoso que, como el libro de Próspero en *La tempestad*, debía ser sepultado? O bien ¿propone ya una nueva forma de presencia de lo escrito capaz de favorecer y enriquecer el diálogo que cada texto entabla con cada uno de sus lectores? No lo sé. Quizás nadie lo sabe. Lo único que puede hacer un historiador es recordar que en la larga historia de la cultura escrita cada mutación (la aparición del codex, la invención de la imprenta, las revoluciones de la lectura) produjo una coexistencia original entre los antiguos objetos y gestos y las nuevas técnicas y prácticas. Es precisamente una reorganización semejante de la cultura escrita la que la revolución digital nos obliga a buscar. Dentro del nuevo orden de los discursos que se esboza, me gusta pensar que no va a morir el libro en sus dos sentidos de objeto material particular y de obra estética o intelectual. Morirá como discurso, como obra cuya existencia no está atada a una forma material particular. Los diálogos de Platón fueron compuestos y leídos en el mundo de los rollos, fueron copiados y publicados en codex manuscritos y en libros impresos, y hoy en día pueden leerse frente a la pantalla. No debería tampoco morir el libro como objeto porque este “cubo de papel con hojas”, como decía Borges, es todavía el objeto más adecuado a los hábitos y expectativas de los lectores que entablan un diálogo intenso y profundo con las obras que les hacen pensar, reír o soñar.

Lo podemos pensar y esperar (Umberto Eco y Jean-Claude Carrière, 2009). Pero la verdadera respuesta no se encuentra en los hábitos o los deseos de los lectores que entraron en el mundo digital a partir de sus experiencias como lectores de libros impresos. La respuesta pertenece a los nativos digitales que identifican cultura escrita y textualidad electrónica. Son sus prácticas más que nuestros discursos los que van a



decidir sobre la sobrevivencia o la muerte del codex como realidad material y la del libro como discurso.



REFERENCIAS

- Barthes, Roland. (1968/1984). "La mort de l'auteur". En *Le bruissement de la langue*. Paris: Editions du Seuil. pp. 61-67.
- Baudelot, Christian, Cartier, Marie, Detrez, Christine. (1999). *Et pourtant, ils lisent...* Paris: Editions du Seuil.
- Borges, Jorge Luis. (1941/1981). "La biblioteca de Babel". En *Ficciones*. Madrid: Alianza Editorial.
- Canfora, Luciano. (1986). *La biblioteca scomparsa*. Palermo: Sellerio.
- Canfora, Luciano. (2002). *Il copista como autore*. Palermo: Sellerio.
- Cavallo, Guglielmo, y Chartier, Roger, dir. (1997). *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid: Taurus.
- Chartier, Roger. (2004). "Languages, Books, and Reading from the Printed Word to the Digital Text". *Critical Inquiry*. Vol. 31, N° 1. pp. 133-152.
- Chartier, Roger. (2012). *Cardenio entre Cervantès et Shakespeare. Histoire d'une pièce perdue*. Paris: Gallimard. pp. 280-289.
- Darnton, Robert. (1999). "The New Age of the Book ". *New York Review of Books*. Vol. 46. N° 5.
- Darnton, Robert. (2009). *The Case for Books : Past, Present, and Future*. New York: Public Affairs.
- Donnat, Olivier. (2012). "La lecture régulière des livres: un recul ancien et général". *Le Débat*. N° 170. pp. 42-51.
- Doueïhi, Milad. (2008). *La Grande Conversion numérique*. Paris: Editions du Seuil.
- Doueïhi, Milad. (2011). *Pour un humanisme numérique*. Paris: Editions du Seuil.



- Eco, Umberto, y Carriere, Jean-Claude. (2009). *N'espérez pas vous débarrasser des livres*. Paris: Grasset.
- Evans Christophe (dir.). (2011). *Lectures et lecteurs à l'heure d'Internet : livre, press .bibliothèques*. Paris: Editions du Cercle de la Librairie.
- Foucault, Michel. (1970). *L'ordre du discours. Leçon inaugurale au Collège de France prononcée le 2 décembre*. Paris: Gallimard.
- Freire, Paolo. (1982). *A importância do ato de ler*. São Paulo: Cortez / Autores Associados.
- Kant, Immanuel. (1784). "Beantwortung der Frage: Was Ist Aufklärung?". *Berlinische Monatsschrift*, Dezember-Heft. pp. 481-494.
- Mcluhan, Marshall. (1962). *The Gutenberg Galaxy. The Making of Typographic Man*. Toronto: University of Toronto Press.
- Merckle Pierre, Octobre, Sylvie, Detrez, Christine, Berthomier, Nathalie. (2010). *L'enfance des loisirs. Trajectoires communes et parcours individuels de la fin de l'enfance à la grande adolescence*. Paris: La Documentation française.
- Petrucchi, Armando. (1995). *Writers and Readers in Medieval Italy. Studies in the History of Written Culture*. New Haven and London: Yale University Press. pp. 1-18.
- Roberts, Colin H., y Skeat, T. C. (1987). *The Birth of the Codex*. London: Published for the British Academy by Oxford University Press.
- Sherman, William H. (2007). *Used Books. Marking Readers in Renaissance England*, Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Simon, Catherine. (2012). "Ado : zéro de lecture ?". *Le Monde*. 30 novembre 2012.
- Supiot Alain, dir. (2001). *Pour une politique des sciences de l'homme et de la société*. Paris: Presses Universitaires de France. pp. 150-172.
- Syndicat National de l'Édition (2012) *Le livre en chiffres – 2012, données 2011*, <http://www.sne.fr/donnees-et-enjeux/economie.html>